

sentándose al General Mejía y ofreciéndole sus servicios.

Este General había avanzado ya, para contener al enemigo, algunas fuerzas, que marcharon por el Puente de Alvarado, donde situó también unas piezas; pero la infantería tendida en ala en todo el ancho de la calle, sufría fuertes pérdidas con el fuego de los reaccionarios que habían penetrado hasta Buenavista.

Tomando entonces Porfirio cuarenta hombres de la Compañía de Granaderos del primer batallón de Oaxaca, marchó á paso veloz por el lado izquierdo de la Calzada sobre la columna reaccionaria que á cada instante avanzaba más.

Para comprender estos movimientos hay que tener en cuenta que en aquella época la arquería de San Cosme dividía en dos mitades desiguales en anchura aquellas avenidas y calles.

El General Díaz marchó tras de los arcos del acueducto, por el lado derecho del enemigo: cubriéndose así se colocó en el flanco derecho de la columna reaccionaria: y salió repentinamente sobre ésta, haciendo un fuego vivísimo: el enemigo, sorprendido, creyéndose envuelto y no pudiendo ni sospechar que un puñado de hombres hiciera tan audaz evolución, emprendió una violenta retirada, que pronto se convirtió en fuga vergonzosa.

Porfirio continuó su tenaz persecución hasta arrojar á los reaccionarios fuera de la garita de la Tlaxpana haciéndoles muchos muertos, heridos y prisioneros, y tomando muchos caballos de la caballería que mandaba Domingo Herrán, que fué quien dió aquel ataque.

Márquez se retiró avergonzado en completa dispersión, dejando las calles y las calzadas regadas de cadáveres, y sus heridos abandonados. El Gobierno ordenó recoger éstos, y los mandó asistir con el mismo empeño que á los heridos de las tropas federales.

Aquella acción del Sr. Díaz fué estimada en todo su valor por el Sr. Juárez, quien viendo el entusiasmo con que combatían los oaxaqueños á las órdenes de aquel Jefe, con quien habían hecho toda la guerra de los tres años, pidió permiso al Congreso para ocupar al joven diputado. Lo nombró Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, y habiendo enfermado el General Mejía quedó al fin como Jefe accidental de aquellos.

González Ortega había vuelto á la capital desde que supo que ésta había sido atacada por Márquez. Pero pronto salió con su división para continuar la persecución del Jefe reaccionario, formando parte de aquel cuerpo de ejército la brigada de Oaxaca que mandaba Porfirio Díaz, y que marchó en la vanguardia.

Márquez llevaba cinco mil hombres, ocho piezas y muchas partidas sueltas de caballería que se le ha-

bían unido, y que mandaban los guerrilleros más temibles y sanguinarios del clero.

Entonces comenzó aquella carrera vertiginosa del asesino de Tacubaya, quien recorría distancias enormes, cruzando sin detenerse montañas y sierras, pero llevando siempre tras de sí á González Ortega que lo amenazaba de cerca.

Por fin Márquez, creyendo haberse desviado bastante de las tropas del Gobierno, se descidió á dar algún descanso á los suyos, pernoctando en Jalatlaco.

Márquez era un General demasiado práctico para no establecerse sólidamente en un campamento; cubrió todos los caminos y avenidas con fuertes avanzadas, y envió por todas partes exploradores para tener prontas y seguras noticias de la marcha que siguieran las tropas del Gobierno.

Así creyó poderse retirar á tiempo ántes de que González Ortega le sorprendiera; pero no contaba con que iba á la vanguardia de éste Porfirio Díaz, tan conocedor de nuestra táctica en aquella época de sorpresas y asaltos inesperados.

Este valiente Jefe, dejando muy atrás á la división y marchando á paso veloz en la madrugada del 13 de Agosto de 1861, penetró sin ser visto con la brigada de Oaxaca en el centro del campamento de Márquez, quien no sintió á su enemigo hasta que éste llegaba al atrio de la Parroquia de Jalatlaco, donde aquel había situado su cuartel general.

Y el empuje con que acometió Porfirio fué tal que, marchando al frente de su columna, se encontró casi solo en medio de los reaccionarios que comenzaban á salir de su estupor, y recibían á los soldados federales con un fuego nutridísimo de fusilería.

Esto pasaba cuando la oscuridad era aún completa, y debido á una casualidad inexplicable, el caballo que montaba el Sr. Díaz, á los disparos de la artillería, retrocedió hasta la cabeza de la columna republicana.

Entonces Porfirio hizo marchar á ésta en medio de una tromba de plomo y metralla y asaltando el atrio, y emprendiendo un combate cuerpo á cuerpo, derrotó al fin completamente al enemigo.

Márquez y otros de los principales Jefes huyeron, llevándose á su Presidente Zuluaga: su ejército quedó destruido, dispersándose algunos cuerpos, y quedando el resto prisionero. Al salir el sol se vió con sorpresa que los vencedores eran la séptima parte menos en número de los que se habían rendido.

En esos momentos llegaba González Ortega con el resto de su división, cuando sólo á lo lejos se oían algunos disparos de los pequeños grupos de las guerrillas reaccionarias que huían á todo escape.

El General en Jefe sorprendido ante aquella victoria tan espléndida, alcanzada á fuerza de valor y audacia, pidió el ascenso de Porfirio Díaz á General

de Brigada, aunque declaró que en otras circunstancias hubiera pedido se procesara á éste, que había obrado sin órdenes ni instrucciones del cuartel general.

Para precisar mejor los ascensos que obtuvo en su carrera militar el Sr. Díaz, debemos recordar que en aquella época sólo era Coronel, cuando contaba ya siete años de servicios, y en su trascurso había hecho once grandes campañas, y había dado incontables combates parciales.

Y sin embargo, hasta el 22 de Agosto de 1860 el Sr. Juárez había expedido al Sr. Díaz despacho de Coronel del ejército permanente y al siguiente año, el 23 de Agosto de 1861, nueve días después del triunfo de Jalatlaco y al recibir el Presidente de la República el parte detallado de esta acción; le premió con el grado de General de Brigada.

Veamos como fué conquistando sus ascensos uno á uno, con su valor y su ardiente patriotismo.

Firmada la convención de Lóndres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.

Pero poco pudo hacer el Sr. Juárez para oponer una resistencia seria al extranjero que en son de guerra llegara á nuestras playas; en efecto; el Gobierno constitucional apenas tenía fuerzas ya para combatir contra la guerra civil que fomentaba el clero.

Verdad es que gracias al valor y abnegación de los soldados republicanos habían sido desbaratados los diferentes ejércitos reaccionarios que á las órdenes de Márquez, Mejía, Lozada, Butrón y otros, asolaron los Estados más ricos de la República. Pero quedaban innumerables gavillas que por todas partes robaban, asesinaban y cometían todo género de depredaciones.

El malestar social era inmenso, paralizadas todas las industrias, desaparecidos los capitales, y la clase desvalida soportaba todo género de privaciones: nadie se atrevía á recorrer los caminos, las fincas de campo estaban desiertas porque los dueños no se atrevían á habitarlas, y los peones eran arrebatados del arado para ser filiados en las tropas. El país, en su-

ma, había agotado sus esfuerzos vitales y el tesoro público estaba exhausto.

Juárez entonces apeló al patriotismo nacional, y, con la franqueza propia á su carácter dió cuenta á su país del peligro que lo amenazaba, por la inmediata invasión que habían organizado tres grandes potencias de Europa. México al escuchar aquel grito de angustia correspondió á las esperanzas del gobierno alistándose á la lucha.

El partido liberal hizo esfuerzos sobrehumanos, y los Gobernadores de los Estados comenzaron á organizar sus contingentes de guerra, mientras las tropas que tenían en pie combatían contra las gavillas conservadoras.

No podemos narrar en sus terribles pormenores aquel período, el más luctuoso y sombrío que se registra en nuestra historia contemporánea. Pero sí tenemos que consignar los sucesos que forzosamente se enlazan con los anales militares que estamos recorriendo.

La escuadra española había aparecido, la primera, en las aguas de Veracruz, y tras ella llegaron los buques franceses é ingleses trayendo tropas de desembarque.

El Gobierno había ordenado la desocupación del puerto, para agotar hasta el fin las medidas conciliadoras que debían poner en relieve el derecho que asistía á México. El Sr. Juárez quería además no destruir en combates inútiles las pocas tropas que había en Veracruz, y que tendrían que sucumbir ante la inmensa superioridad de los invasores. Retirando á la primera línea de la Cordillera las tropas nacionales, y dejando al extranjero en la estéril y mortífera Zona de la costa, ganaba tiempo para concentrar mayor número de fuerzas.

Formábase en efecto violentamente el Ejército de Oriente que había de conquistar un nombre inmortal en aquella campaña. En Diciembre de 1861 marcharon á Orizaba la Brigada de Oaxaca y algunos cuerpos á las órdenes del General Uruga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

De las fuerzas que acababa de recibir hizo Uruga dos brigadas, dando el mando de la primera al General Ignacio Mejía y el de la segunda, compuesta de los batallones de Morelos y Guerrero y alguna caballería á Porfirio Díaz.

Entre tanto los tres ejércitos invasores se habían establecido en la costa, y los representantes de las tres naciones coaligadas celebraron en la Soledad preliminares de arreglo con nuestro Ministro de Relaciones, Don Manuel Doblado. Este eminente patricio, sobre cuya memoria pesa hoy la ingratitude de un pueblo, venció en astucia á los viejos diplomáticos de Europa, y con la fuerza de su inteligencia les hizo confesar la justicia que asistía á México.

Fué el primer triunfo del derecho sobre la fuerza: los representantes extranjeros firmaron el tratado previo según el cual, no sólo se levantaba muy alto nuestro pabellón tricolor, sino que se reconocía la legitimidad de los Poderes de la República, y se obligaban los invasores, en caso de rompimiento, á retroceder á su primera línea de ocupación, de la que habían avanzado hasta Orizaba y Tehuacán. en virtud de la generosa concesión de nuestro Ministro.

Entre tanto el Gobierno aglomeraba cuantas tropas tenía á la mano en la línea de Oriente, situándolas al otro lado de las cumbres de Acultzingo.

La primera brigada de Oaxaca, á las órdenes del General Don Ignacio Mejía, se dirigió á San Andrés Chalchicomula, donde llegó al caer la tarde del 6 de Marzo de 1862. Alojóse en el edificio del diezmo ó colecturía, con tal desorden y tal imprevisión, que la tropa hacía lumbradas en el mismo patio donde había un gran depósito de parque. Repentinamente se incendió éste pereciendo casi toda la tropa, y centenares de mujeres, niños y paisanos de los que siempre acompañan á nuestras tropas.

Las pérdidas fueron considerables y sobre todo muy sensibles, porque en aquel desastre sucumbieron soldados veteranos que habían hecho toda la guerra de Reforma venciendo en cien combates á los enemigos de la libertad.

El General Porfirio Díaz permaneció en Ixtapa aumentando sus fuerzas y mejorando la instrucción de éstas y su organización.

Entre tanto se precipitaban los sucesos en el campo intervencionista, surgiendo las dificultades consiguientes á los intereses, tan opuestos entre sí, que perseguían las naciones que habían entrado en aquella coalición.

Doblado, con aquella intuición soberana que poseía y en virtud de lo cual era uno de los políticos más hábiles de su época, había comprendido que la unión entre las tres potencias era imposible por mucho tiempo, en virtud del antagonismo de las miras privadas de cada una.

España soñaba en una restauración borbonica volviendo á México á su antigua condición de colonia conquistada; pero no participaba de ese delirio monárquico el General Prim nombrado en Jefe del ejército expedicionario.

La Francia traía un plan preconcebido de intervención permanente, cuyo punto de mira era erigir un imperio, sucursal del de Napoleón III, que realizara los negocios leoninos proyectados en la alcoba de la Montijo y que pusieran á flote al quebrado Jocker, y dieran á las princesas imperiales la propiedad de las minas de Temascaltepec.

La Inglaterra sólo traía en su cartera los bonos de su deuda, y un inmenso protocolo de reclamaciones.

Doblado, después de haber hecho firmar á los representantes de las tres naciones los preliminares de la Soledad, se había alejado sonriendo, seguro de que en aquellos convenios quedaba sembrado el germen, que al desmorollarse, desagregaría la liga tripartita.

Habíase señalado el 5 de Abril de 1862 para la apertura de las conferencias definitivas entre México y las tres potencias signatarias, pero antes estalló el conflicto entre éstas.

La presencia de Almonte en el campamento francés, la liquidación de las deudas que reclamaba cada nación y, sobre todo, la imposibilidad de armonizar las pretensiones secretas de las tres partes contratantes, trajeron al fin la crisis que previó Doblado, con la profunda mira de que México sólo tuviera que luchar con un ejército extranjero, descartando á los otros dos.

Rota la convención de Londres, los ingleses y españoles retrocedieron á Veracruz para reembarcarse, no queriendo ser cómplices en el atentado urdido por Napoleón. La Francia quedó sola, fascinada por las promesas del clero y de los conservadores, que le ofrecían entregarle sin resistencia el país entero. Y sus representantes violaron sin pudor los convenios signados en nombre de su nación, llenando á ésta de mengua.

Pero no quedó en esto la deslealtad de Saligny y de Jurien de la Graviere: no osando volver, como estaban obligados por su paladra de honor, á la zona del vómito, simulaban abandonar á Orizaba, hasta el Fortín sin alejarse mucho de aquella ciudad, donde el ejército francés había dejado sus enfermos, con una pequeña fuerza que los custodiaba.

Entonces Zaragoza ofició al General francés manifestándole que esa guarnición era innecesaria, pues sus enfermos estaban bajo la salvaguardia del Gobierno, quien los haría respetar y atender.

El Jefe francés no se dignó contestar á aquella nota.

La posición de los dos ejércitos era la siguiente: Los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del General Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquel. Violentamente doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del grueso del ejército francés, y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la avanzada del ejército mexicano.

Los puestos resistieron el ataque, á pesar de haber sido tan imprevisto, con un valor heroico: cuarenta mexicanos resistieron á cuatrocientos franceses, sucumbiendo al fin después de haber quedado treinta fuera de combate: los diez restantes se retiraron entonces al cuartel del General Díaz. Este, desde que comenzó el ataque sorprendido de una agresión que violaba

pactos anteriores, pero indignado por un hecho que no honraba al invasor, se aprontó á sostenerse en su puesto, si era atacado en él, dando rápidamente parte de lo acontecido al General Zaragoza que se encontraba en Orizaba.

El General en Jefe del ejército de Oriente y el General Prim, que estaba á su lado, no podían creer aquel injustificable atropello del derecho de la guerra, ni que los franceses comenzaran las hostilidades antes de pasar del Chiquihuite, como se había estipulado en los preliminares de la Soledad.

Zaragoza en el acto que recibió el parte de que eran atacadas las posiciones del General Díaz, montó á caballo y se lanzó al llano de Escamela á donde llegó pronto, escuchando las detonaciones y presenciando las disposiciones tomadas por el General Díaz.

Un escuadrón, lanceros de Oaxaca, entorpecían el avance de los franceses, y Porfirio tomó en aquellos momentos el mando de la gran guardia que estaba situada en el llano de Escamela y avanzó sobre los franceses para estorbarles el paso. Zaragoza entre tanto movió toda la División y sus trenes, retirándola de la manera más ordenada, confiando en que el General Díaz cubriría su retirada.

Pero no era ya sólo la columna de cuarenta franceses la que avanzaba sobre las posiciones mexicanas, sino todo el Ejército invasor que marchaba sobre Orizaba, encubriendo su incalificable agresión contra lo pactado, con el absurdo pretexto de que estaban en peligro los enfermos que habían quedado en aquella ciudad.

El General Díaz á pesar de la inferioridad numérica de su tropa detuvo á la infantería francesa, recogió sus puestos y se retiró al fin con el orden más perfecto hasta Orizaba, donde se reunió al General Zaragoza.

Allí volvió el Señor Díaz á tomar el mando de su División marchando hasta el Ingenio, donde se encontraba la División del General Arteaga. En este punto se encontraron las fuerzas mexicanas, en tanto que los franceses ocupaban á Orizaba donde comenzaron á fortificarse.

Al día siguiente Zaragoza marchó para Acultzingo donde estableció su campo.

Pero entre tanto los reaccionarios habían cobrado alientos y reuniéndose las gavillas de Márquez, Cobos, Benavides y otros clericales, formaron un grupo considerable que comenzó á merodear en torno del Ejército mexicano, tanto para ayudar al invasor llamando la atención del General Zaragoza, cuanto para irse aproximando al ejército invasor para ponerse á sus órdenes.

Luego que supo Zaragoza que las gavillas de Márquez amenazaban á Atlixco, ordenó al General Díaz marcharse con su División á Tehuacán, donde debía

tomar el mando de las Brigadas de Morelia y San Luis para perseguir á los reaccionarios que asolaban el Estado de Puebla.

El General Díaz marchó en el acto rindiendo su primera jornada en Tlacotepec; pero allí recibió orden de Zaragoza para que retrocediera al Cuartel General de éste, porque los franceses avanzaban para subir las Cumbres.

Porfirio se puso luego en movimiento incorporándose á Zaragoza en Puente Colorado; allí el General en Jefe hizo marchar con el ejército á las Brigadas de San Luis y Morelia y situó en el puente al General Díaz con una brigada de Oaxaca, ordenándole defendiera el paso siquiera por dos horas, después de que acabaran de cruzar el puente las tropas nacionales.

El ejército invasor pronto estuvo á la vista y comenzó á ascender por las primeras rampas de la Sierra.

Demasiado conocido es el episodio gloriosísimo de las cumbres de Acultzingo, donde fué gravemente herido el General Arteaga, que con la Brigada de Querétaro disputó valientemente el paso á los franceses: estos comenzaban á sorprenderse de una resistencia que no aguardaban, ya porque confiaron en las promesas de los conservadores que les prometían la sumisión del país entero, ya porque creían que los soldados mexicanos no se atrevían á luchar contra los soldados que se llamaban los primeros de Europa.

Sin embargo, los franceses continuaron ascendiendo, hasta que la batería situada en Cuesta Blanca y la artillería oculta en los accidentes del terreno los obligaron á detenerse.

Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acultzingo y Tepeaca, llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

El telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente.

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregándose ya á las esperanzas más halagadoras del triunfo, ya á la indignación despectada por el terror de la derrota.

Allá en la sombra se deslizaban hombres de rostros sombríos, que recatándose se perdían hundiéndose en las sacristías ó en las monumentales casas de los ricos conservadores; eran los viejos deshechos del ejército de Santa Ana que, no pudiendo militar en las gavillas de Márquez, de Mejía, de Butrón ó de Lozada, se conformaban conspirando en los cafés, ó preparándose para armarse el día que entrara á la capital el invasor, uniéndose á él.

Por fin amaneció el cinco de Mayo y desde las primeras horas del día la inquietud pública paralizó la vida social, concentrándose la agitación en torno del Palacio, en el telégrafo, en el Correo, en todas partes en fin, donde primero pudiera saberse el éxito de la batalla que iba á darse.

Veamos lo que pasaba entre tanto en Puebla, formalmente amenazada por el ejército francés.

Desde el momento en que llegó el General Zaragoza á Puebla, ocupó los fuertes de Guadalupe y Loreto con la brigada de Querétaro al mando del General Negrete, en sustitución de su Jefe el General Artega, que había sido gravemente herido en las cumbres de Acultzingo.

El resto de las fuerzas del ejército de Oriente, quedaron acuarteladas en la ciudad.

El ejército francés pernoctó el 3 de Mayo en Amozoc.

En la madrugada del día 5 el General Zaragoza comenzó á mover sus fuerzas situándolas de la manera más conveniente para evolucionar, según el punto que atacara el enemigo.

Entre la capilla de los Remedios y el fuerte de Guadalupe quedó tendida la Brigada de Toluca á las órdenes del General Berriozábal, y la División de Oaxaca, accidentalmente á las órdenes del General Porfirio Díaz, se colocó en la plazuela de la Ladrillera frente al camino de Amozoc. La Brigada de San Luis menos la caballería, quedó á la izquierda de la División de Oaxaca.

El escuadrón Lanceros de Toluca y el de Carabineros á caballo de San Luis, mandados por el Coronel Alvarez; se situaron á la derecha de la División de Oaxaca.

Al frente de toda esta línea se estableció una batería de batalla y á más de trescientos pasos á vanguardia se tendió en tiradores el batallón Riferos de San

Luis, quedando distribuido el resto de la artillería, bajo el mando del Coronel Rodríguez, en los fuertes de Guadalupe y Loreto, y en el perímetro interior de la plaza que mandaba el General Escobedo, por haber sido nombrado Gobernador de Puebla el General Tapia.

En las primeras horas de la mañana del día 5 quedó formada la línea mexicana, y un silencio de muerte reinaba en sus filas, cuando del baluarte de Guadalupe se alzó una nube de humo, brilló un relámpago y se escuchó el trueno del cañón que anunciaba que el enemigo estaba á la vista.

En efecto, por la falda de los cerros de Amaluca y las Navajas, aparecieron los zuavos en gruesos pelotones, batiéndose con las guerrillas mexicanas que se habían situado adelante en observación: eran los exploradores de Zaragoza que se replegaban á nuestra línea.

En seguida el grueso del ejército francés se presentó por el camino de Amozoc, y tomando posiciones frente á la Hacienda de los Llanos, después de seguir una línea curva á la derecha, se desplegó en batalla á la izquierda, é hizo alto.

Los franceses pusieron sus armas en pabellón y tomaron rancho, empleando en esto una hora, pasada la cual, se puso de nuevo la columna en marcha diagonalmente por nuestra izquierda, como si quisiera voltear la posición de la ciudad.

La caballería francesa, apoyada por alguna infantería, se situó frente á la garita del Peaje en el camino de Amozoc.

La infantería continuó marchando, pero al llegar al fuerte de Guadalupe hizo alto, estableció sus baterías y comenzó un fuego vivísimo de cañón sobre aquel.

Desprendióse al fin una gruesa columna de zuavos, precedida de una línea de tiradores, y se dirigió al cerro.

Zaragoza, que jamás pudo creer que Laurencez atacara por aquel lado, cambió rápidamente su frente de batalla y lanzó la infantería de la Brigada Berriozábal y el Batallón de Reforma de San Luis á reforzar los cerros de Guadalupe y Loreto. Al mismo tiempo dividió su caballería, enviando al punto que ocupaba antes Berriozábal á los Lanceros de Toluca y el piquete llamado de Solís: el resto de la caballería quedó apoyando á la Brigada de Oaxaca, á las órdenes del Coronel Félix Díaz.

La infantería de Berriozábal quedó tendida en batalla en una línea entre los dos fuertes: á la derecha quedaron los dos batallones de Toluca, el hijo de Veracruz y los batallones de Tetela y Zacapoaxtla: el de San Luis quedó en la segunda línea en apoyo de los de Toluca.

La artillería del fuerte de Guadalupe rompió sus



GRAL. IGNACIO M. ESCUDERO.